

LOS CASTILLOS DE LEON, COMO MARCO DE LA IDEA IMPERIAL LEONESA

Fue aquellos días, en que D. José Ortega y Gasset, nuestro ineludible meditador español, hacía la ruta del "Mío Cid", según su frase "a lomos de una mula torda de altas orejas inquietas"; y desde Sigüenza dejando atrás su Catedral románica sobre un crepúsculo sangrante de luces cárdenas, subía conducido por un espolique que se llamaba Rodrigálvarez, hacia los yermos sorianos de Barahona de la Brujas, cuando estampó el filósofo este título centelleante para un capítulo de su "Espectador": GESTOS DE LOS CASTILLOS

No eran los caminos que recorría Ortega entonces, muy fértiles en castillos, por eso, cuando alguno aparecía de pronto, en súbita emergencia, "actuaba como un conjunto sobre la reminiscencia, y la memoria, —nos dice—, se poblaba de mudos almenados, y, como un rebaño, a quien silbara el pastor, acudían, de los senos ocultos del recuerdo, uno tras otro, los castillos vistos en vegas antiguas". "Y lo que era más importante —añade— arrastraba, cada uno, ceñido a sus flancos, su paisaje adjunto; y más importante todavía, fundido a su paisaje se alzaba su ademán peculiar (su gesto) siempre excesivo, espectral, funambulesco ...".

Si la expresión, centrada en el misterio del gesto, es (según se ha dicho) un símil de la acción; si el gesto, pura externidad, tiene como condición la de mostrarnos —en frase de Ortega— puras internidades, aquellos gestos, ¿lo eran realmente de los castillos, en auténtica expresión de su ser, anclada, por ello, en su razón de existir, y en su necesidad de pervivir?; ¿o serían más bien producidos al traerse de lejos, hasta el castillo que allí estaba, por la imaginación nostálgica del espectador, los recuerdos de otros castillos que, amontonando reminiscencias, hacían que, en definitiva, lo que parecían gestos de los castillos, no fueran más que actitudes gesticulantes del propio espectador?.

Posición ésta de puro subjetivismo romántico, muy sugestiva, pero insuficiente, por sí sola, para desvelar la razón de existir y el sentido de pervivir de esa entidad geográfica, racial y espiritual, que llamamos el castillo español.

Sea lo que fuere, reflejo esta actitud, de un mero sentimiento del paisaje (sentimiento que fue el más insigne descubrimiento del romanticismo, y a él ligado), hemos de buscar hoy otra interpretación más honda, dimanada de la propia filosofía vital del castillo, y no de su fenomenología, y radicada, por lo que afecta a su origen, en el propio medievo, en la razón permanente de su ciclo temporal; y, por lo que se refiere a la necesidad de su pervivencia, en el devenir, sobre él, de los ciclos culturales que llamamos historia, cuyo vértice de evolución última es nuestra actual mentalidad, no sólo espectadora a la manera romántica, sino actora a la manera más que existencial, de hoy.

No entramos a estudiar por qué el romántico sentimiento del paisaje se suscitó, en la literatura, en sus más preclaras creaciones, con la ineludible colaboración del castillo, que –en frase de Ortega– es, para esto, una especie intermedia entre la pura naturaleza y la pura humanidad “merced a la cual, el paisaje se intensifica y transforma en escenario, cargándose de eléctrico dramatismo espiritual”.

Pero hemos de señalar el hecho de que ese sentimiento literario del paisaje fuera conseguido en España, por vez primera, en su plenitud romántica, mediante unos castillos de la tierra de León y para una novela, “El Señor de Bembibre”, de un autor leonés, Enrique Gil y Carrasco, que, prendido en el hechizo de los castillos de Escocia –que Sir Walter Scott había puesto de moda–, sintió sobre un fondo de tradición bucólica renacentista (que en León había dejado “La Diana” de Jorge de Montemayor, al situar su acción de novela pastoril, precisamente bajo el “Castillo de Cozanza” en los vergeles leoneses del Esla) sintió todo el encanto reminiscente de la medieval, en los castillos bercianos de Ponferrada y Cornatel, erguido aquél entre musicalidades del río Sil y envuelto éste, entre águilas y nubes, con fondo de bosques, lagos, y lejanas cimas.

Y con ello queremos decir que nosotros, si bien reivindicamos para León el primer intento de comprensión literaria del paisaje a través del castillo, hemos de atribuir a nuestros castillos además un más alto designio –ya lo veremos– que el de agentes escenográficos de un lirismo acrecentado por el romántico amor a las ruinas.

LA IDEA IMPERIAL LEONESA

Nace el castillo español, en este caso el leonés, para algo, y ha de pervivir por algo. ¿Por qué y para qué?

Como toda entidad arquitectónica, el signo del castillo en principio, hubo de ser racionalmente funcional. Ahora bien, la función para que naciesen, por ejemplo, los castillos de Francia, o Alemania ¿ha de estimarse la misma que promovió el nacimiento de los castillos españoles?. Y dentro de España, ¿puede equipararse la que determinó el castillo en Cataluña o en el Pirineo, con la que ha de atribuirse al castillo en tierras de León?

Hemos de sentar esta afirmación: lejos de nuestra geografía el sentido feudal del castillo, nacen los castillos del “reino de León”, como expresión ejecutiva de un aspecto de la llamada “idea imperial leonesa”. Nervios en acción de esta Idea, los castillos de León, para ser comprendidos, requieren la previa admisión y comprensión de aquella llamada *idea fuerza de nuestra historia*, que promovida científicamente por D. Ramón Menéndez Pidal y defendida por Montero Díaz, Moreno Galván y sobre todo por Sánchez Albornoz, entre otros, nadie duda hoy ya, de que fue la más eficaz de las concepciones políticas españolas medievales, pues no sólo significó la restauración intelectual de la perdida unidad peninsular, sino el inicio y cénit de su realización temporal.

Eran los primeros días de la Reconquista. “La punta de lanza de la Cristiandad que bajaba de Asturias hacia el Sur” –dice Moreno Galván–, concibió de pronto a España como una “Idea”. Mejor aún, inventó intelectualmente a España.

Fue en la “Crónica de Alfonso III El Magno” (siglo X), primer rey leonés en potencia, que seguía con la mentalidad de San Jenadio –Obispo de Astorga y meditador antes de los riscos bercianos de Peñalba–, donde se sienta esta singular y desconcertante manifestación: “*Aldefonso, Rex Hispaniorum por la potencia de Cristo*”.

¿Qué implica la trascendente manifestación política de este rey?

Ella supone en primer lugar, la creación teórica de un ámbito nacional que se extendía a toda la Península Ibérica, y que si bien estaban sus tres cuartas partes ocupado por el infiel, su legítima y total soberanía correspondía, exclusivamente, al Rey de León que tenía el deber de reivindicarla, y a cuyo territorio se le llamaba por vez primera, en conjunto, HISPANIA, desenterrando el vocablo de provincia hispana de la dialéctica hispano-romana, superándolo; junto a ello se afirmaba que su Rey, al serlo por la *potencia de Cristo*, y no por prerrogativa del emperador carolingio –usurpador de Europa– daba a ese territorio una contextura de independiente nacionalidad. Todo ello, significaba un concepto político *a priori* es decir, anterior a la realidad efectiva, pues era –contrariamente a lo que había sucedido hasta entonces en otros territorios políticos–, legitimar una soberanía primero, para ocupar legítimamente ya, después, el territorio que la comprende, un poco a la manera bíblica del “Reino de Promisión” de Israel. Con ello se sentaba que cualquier otro rebrote de reino cristiano peninsular, se transformaría automáticamente en tributario del de León –como sucedió con el único, entonces vigente en la Península que era el *navarro*– pues al de León se le consideraba como reino peninsular *imperante*.

Fue con Ordoño II, al asentarse la Corte definitivamente en la ciudad de León, “al convertirse León en el cuerpo de su propia Idea”, cuando aparece clara la conciencia de continuidad del Reino Visigodo de Toledo, en este balbuciente de León que “así se legitima como nostalgia de la perdida unidad visigoda” (Montero Díaz), que se restaura y compone cuando la urbe –León– se hace (a la manera de Roma o Cartago o del Reino Visigodo-Toledano), ciudad eje del estado y centraliza y unifica, contrariamente a lo que sucede en Europa, disgregada en feudos, unos poderes que, si emanan del Rey, se *institucionalizan* de sorprendente manera.

Por eso al coronarse Alfonso VII emperador de León, lo que hizo fue “dejar definitivamente sentada –en frase de Moreno Galván– frente a la idea del Imperio europeo carolingio, sagrado, romano y germánico (*Sacro Romano Germánico Imperio*), la de un *imperio español gótico y cristiano*”.

No entra en nuestros cálculos de hoy, demostrarnos como esta *idea fuerza* de nuestra historia (aceptando la dialéctica de Montero Díaz), “esta Idea de unidad, restauración y nacionalidad, potente en los primeros reyes de León, deja de ser Idea, al irse haciendo realidad, por encaminarse ésta hacia la unidad, la restauración y la nacionalidad” y cómo y por qué, insuflada esta Idea en todo el *cuerpo nacional*, “se transforma en corriente sanguínea de su propia vitalidad, hasta hacer que se pierda la noción y conciencia de su verdadero origen”. Ni tampoco probaros que la unidad de España no se debe a la contingencia geográfica y política de Castilla, sino al hecho de que Castilla, al fin, luego de muchos avatares retrasadores de la común tarea, tuvo forzosamente que recoger el impulso de aquella *idea fuerza* de León (tímidamente por algunos reyes, denodadamente por otros como Sancho IV) y hacerla eje de su acción.

Tampoco hemos de realizar el estudio de los precedentes de esta *Idea*, que han de hallarse, por lo que afecta al sentido de previa unidad religiosa que ello suponía, en la lucha leonesa contra las herejías del Marcosianismo y del Priscilianismo (siglo II al V), en el primer gran documento político hispano, que fue el discurso de retractación priscilianista de Dictino (Obispo de Astorga) en el Concilio I Toledano (año 400), en la posterior conversión de la corte sueva al catolicismo, conseguida por Santo Toribio, Obispo de Astorga que hizo posible, al incorporarse el Reino Suevo al Visigodo, la conversión de Recaredo al catolicismo en el III Toledano, producida por el mayor peso demográfico de católicos dentro de sus reinos que aquella anterior conversión sueva suponía; ni al más remoto sentido social de la famosa *Tabla de Astorga*, según se estudió en el reciente Congreso celebrado en León sobre el tema “De

la Antigüedad al Medioevo (siglos IV al VIII)" convocado por la Fundación Sánchez Albornoz y que tuvo lugar en septiembre de 1991, en donde estos puntos fueron por nosotros suficientemente clarificados.

En nada de esto hemos de profundizar, porque lo único que hoy nos interesa es la apología de aquella *idea* en su reflejo sobre uno de los instrumentos históricamente indispensables para su ejecución: *el castillo*.

Lo hemos repetido muchas veces. Castilla fue el Reino de las *individualidades* que se exaltan en sus "Cantares de Gesta"; León, fue el Reino de las *instituciones* que se historifican en sus "Cronicones". Todo en León se *institucionaliza*: "El Fuero Juzgo" o "El Derecho" como institución; San Isidoro o el *patronazgo* como Institución; la *capitalidad* –hemos de repetirlo– como institución –esto último hasta el punto de que León fue el único Reino peninsular que se denomina como su capital, León– y en fin, el castillo como *institución*.

LA MONTAÑA DE LEON (CASTILLOS ROQUEROS)

Desde las cumbres de Asturias el primer avance cristiano hacia el sur, se produce torrenceras abajo de los ingentes montes de León. Y he aquí uno de los hitos más claros de ese avance: el "Castillo de Luna", hoy sumergido en el Pantano de Luna.

La roca desnuda, partiendo las brumas traspasadas del sol, emergiendo de un verde exuberante, es el mejor lugar para otear imaginativamente el Reino entero, que se nos fracciona en tres grandes regiones naturales, que determinan, dentro del signo general *imperial*, otras tantas suertes de castillos; Tres regiones naturales: "La Montaña" con su prolongación *las vegas de sus ríos*; "La tierra de campos", lindero de Castilla y el "El Bierzo leonés", limítrofe de Galicia.

Es el eje y enclave de Luna, –sus montes y sus castillos– el punto clave de la primera región. Porque dos zonas, perfectamente diferenciadas, tiene la montaña leonesa: una la de Riaño, ladera de los Picos de Europa, mojón de Cantabria, y otra, –la de Villablino y Murias– frontera de Asturias, donde se sitúa en el límite de sus altísimas breñas, este Castillo de Luna cuyas historias y leyendas se cantan en las noches de Filandón (las veladas leonesas con nieve fuera y lumbre dentro) de los pueblos aquí enclavados y que tienen como su más alta expresión las hazañas de Bernardo del Carpio, vencedor primero en Roncesvalles, y aquí luego, en Luna exaltando su furia y su dolor ante las peñas y el castillo en versiones tomadas de los viejos romances que a diario, y para cada año, renuevan los copleros.

En los reinos de León
Alfonso el Casto reinaba:
hermosa hermana tenía,
Doña Jimena se llama.

Amores y matrimonio secreto de Doña Jimena y el Conde de Saldaña; nacimiento de Bernardo; Prisión del Conde por el Rey, en este Castillo de Luna; La hazaña de Roncesvalles donde Bernardo detiene, con su legendario heroísmo, la avalancha de Carlomagno que a León y a Asturias se le venía encima:

Con los mejores de Asturias
sale de León Bernardo,
puestos a punto de guerra
a impedir a Francia el paso
que viene a usurpar el Reino
a *instancia* de Alfonso El Casto.

¿Fue efectivamente el Rey Alfonso el Casto, y por tanto antes de que produjera la singular "Batalla de Clavijo", definidora de la primera fase de nuestra Reconquista, quién llamó a Carlomagno para que con sus ejércitos le ayudara a vencer al infiel, estableciendo la condición de que el Reino de Asturias sería tributario, o más bien, formara parte, del Imperio Carolingio, cosa que los leoneses no aceptaron y que, con un caudillo que surgió de pronto –Bernardo– volaron hasta Roncesvalles para sentar allí la identidad nacional del Reino Astur-Leonés?

La realidad es que el Castillo de Luna queda indeleblemente unido a la sombra de Bernardo del Carpio, que ante él llora lágrimas de rabia cuando, como *premio* de su hazaña de Roncesvalles, el Rey –quizá por secreta venganza– le entrega el cuerpo muerto de su padre el Conde, que aquí, en el Castillo de Luna donde estaba preso "meten en baños e aderezan –dice el romance– los godos Don Tibaldo y Don Arias"; y que nos muestra el primer signo de nuestros castillos como marco de la Idea Imperial Leonesa, porque supone la exaltación del héroe leonés, que consigue que León no sea dependiente del "Sacro Romano Imperio", sino de su *propia identidad*, que como luego se dirá, al consagrarse la "Idea Imperial Leonesa" por la *potencia de Cristo*, se siente así, frente a Europa, la legítima soberanía del "gótico Imperio leonés". Sentido de independencia, cuya raigambre popular anti carolingia es tan honda, que está en los mejores romances leoneses que repetimos, aún el pueblo canta.

Corriente abajo del río Luna, ya unidas sus aguas a las del río Omaña, que viene por otros valles de la misma montaña, éste es, formado por ambos pequeños ríos, el río Orbigo, río Caudal (río crucial en la historia de León), y, con él, la más amplia, rica y frondosa de las vegas leonesas, la ancha "Ribera del Orbigo".

Atrás quedó el castillo de Luna que, siglos más tarde, pasará de realengo, al dominio del Conde de Luna, al linaje de los Quiñones –el primer gran linaje de León–, quienes, Merinos Mayores de Asturias (delegados del rey para la justicia), intentaron sobre estas tierras del Orbigo y las del valle de Laciana, crear una soberanía feudal que llegó hasta acuñar moneda, pero que nunca tuvo vigencia como tal, tanto por la actitud imperial de los reyes, como por la de los "*procuradores* de los pueblos" que argüían siempre (así Florentino Agustín Díez documental e inteligentemente lo ha demostrado, que sus representados eran, "o realengos reconocidos por solemnes privilegios reales, o behetrías de mar a mar, pero nunca solariegos del de Luna ni de ningún señor", y que jamás admitirían "en la gobernanza de sus tierras hombres desabocados que no son para regir nin gobernar justicia".

Entre el castillo de Luna y los llanos de la Ribera del Orbigo, varios castillos menores, construidos del X al XII y restaurados en el XV, se alzan en estratégicos lugares, apoyado el avance o la defensiva de estas tierras, y las más de las veces construidos sobre viejos castros aborígenes o romanos, que más tarde pasaron a los linajes: el de *Veñar*, reflejando un montón de peñas sobre el río Omaña, el de *Mena* aupado de súbito sobre verticales piedras oscuras, oteando la risueña, floreada, fragancia del valle de las Babias; el de Trascastro; el de San Martín de la Falamosa; el de *Piedrafita de Babia*; el de Vegarienza, y, cerrando el ciclo aguas abajo del Orbigo, la torre cuadrangular del castillo de *Tapia* (cuya historia azaro-



Torre de Quintana del Marco



Torre de Ordás



Castillo de Villanueva de Jamuz

sa tanto tiene que ver con la lucha contra Almanzor, pues el "Señor de Tapia" fue denominado así porque en la famosa batalla de "Campo Sagrado" ideó el sistema defensivo de lo que luego se llamaron *trincheras* y entonces "*tapias al revés*", que quedó formando parte de la estrategia bélica de todos los tiempos: y Juan Guerra como vigía avanzado de esta zona, el "*Castillo de Ordás*", que eleva su redonda torre dorada, como un cilindro de viejas onzas, sobre un alcor arremolinado de fresca, porosa vegetación, por la que se filtra, invisible, el resonar del río Orbigo que, a partir de aquí, transforma el paisaje, de silenciosamente pictórico (paisaje en grandiosidad, casi táctil, de las cumbres), en el movido, risueño y musical, de la vega.

La torre de Ordás fue, como varios de los citados castillos, primero (desde el siglo X) realenga, y luego, dominio de los Quiñones, en la cabeza visible del linaje "Conde de Luna". Y por sus muros, parece aún vagar la sombra del joven Ares de Omaña, que en el siglo XIV, atraído hasta aquí engañado por su tío Pero Suárez de Quiñones, (frente a quien sostenía un pleito sobre ciertas casas de la ciudad de León) después de una cacería por los contornos, fue asesinado en pleno banquete por los sicarios de Quiñones, quienes luego llevaron a la ciudad de León su cabeza frita en aceite, como trágico presente a la madre de Ares, que compuso, para la tumba de su hijo, en San Isidoro de León, el más desgarrador y lírico epitafio que allí se conserva.

El éxodo de las gentes de las tierras leonesas de Omaña, tras la muerte del amado Conde Ares, tiene en el recio poema de don Florentino Agustín Díez, patéticos caracteres bíblicos:

Ya murió don Ares; ya tiene Omaña
abierto el calvario,
cegada el fuerte,
el "fierro" clavado,
Toda es noche cruenta, sin luna ...
Omaña, yermo es toda y llanto ...

Y más abajo, donde el Orbigo abre por todas partes, reflejos de canales y pueblos de risueños regadíos, aquí está uno de los ejes europeos del reino que es el famoso Puente de Orbigo (arcos romanos, románicos y góticos), cauce, durante siglos, para la riada compostelana de peregrinos de todo el mundo, y antes vía romana de Asturias a Roma. Y, sirviendo de rodrigones defensivos a este puente, aquí están, abriendo un arco inmenso por el Sur, el castillo de *Laguna de Negrillos*, cuadrangular de varoniles aristas; el de *Quintana de Marco*, de redondeces casi femeninas, y el de *Castroalbón*: y del de *Villanueva de Jamuz* (todos los Quiñones); y el de *Alija de los Melones* (del linaje de los Ponce), y el más grandioso de *Palacios de Valduerna*, alto señorío de los Bazanes. Castillos todos que se hacen, en el siglo XV, escenario para el hecho más asombroso de la caballería andante: el "Paso Honroso de Suero de Quiñones". Porque mientras en la liza del Puente de Orbigo, Suero de Quiñones –en aquel estío de 1434– rompía lanzas –nuevo Amadis– contra todos los caballeros del mundo que por el puente pasaran, para librarse de su prisión de amor, y rescataba guantes de bellas damas, y hacía el "voto del pavón" –según nos cuenta el cronista y escribano testimonial de aquel hecho, Pero Rodríguez de Lena– la nobleza de León y de Castilla, espectadora de las justas, era aposentada en estos castillos desbordados circunstancialmente de danzas, banquetes, trovas y saraos, que sitúan aquí, por un momento, el latido todo, de Europa la gentil

(la de los Libros de Caballería, concentrada su fantasía en la realidad histórica de aquel hecho caballeresco singular, que asume para León la primacía caballeresca del momento en el mundo.

El río Orbigo, afluye al Esla en la inmensidad de las vegas que se cruzan. Y hasta el Esla bajan también, desde la otra zona de La Montaña, —la de Riaño—, los ríos del Noroeste leonés abriendo vegas —la del Bernesga, la del Torfo, la del Porma— jalonadas igualmente, desde las cumbres hasta los llanos por líneas de castillos.

Tierras estas, primero realengas y, después, dominio, —pero nunca feudos— a la manera de otros mundos —de *Los Guzmanes*, el otro gran linaje de León, de origen alemán, enemigo secular de los Quiñones—.

En las cumbres, el castillo de *Boca de Huérgano* (éste, de Tovares), señoreando los bosques rugientes de cataratas, y los picachos envueltos de nubes; telón de fondo para la incomparable “Tierra de la Reina”. Por otros lados, *Montuerto* y *Curueño*, y ya en la Tierra del Condado, el de *Vegas del Condado*. Y más abajo el recio y polvoriento de *Toral de los Guzmanes*, donde nació Guzmán el Bueno.

Y, como eje de la zona alta, el de *Abiados*, surgido, como un ensueño, de enormes tajos que parecen empujarlo, desde el seño de la tierra, hacia las nubes, entre bronca humareda de torrentes y peñas, diabólicamente distorsionadas, para el reflejo del río Curueño, donde la más bella leyenda de féminas intrépidas, condensada en la famosa “Dama de Arintero”, se centra en aquella escena que recoge el pintoresco poema de Pedro de La Vecilla “León de España”, de las doncellas que salen con cítaras entre los árboles de “oro puro y fina plata” a recibir al rey Ramiro por haberlas librado, con la batalla de Clavijo, del “Tributo de las Cien Doncellas”, y se hace brava realidad en la inquieta doña María de Quiñones que, esposa de don Ramiro de Guzmán, comunera de las huestes de Fray Pablo de León (el dominico, cuya vida ha estudiado a fondo el P. Getino), luego de la derrota de Villalar, se hizo fuerte aquí, en el Castillo de Abiados, contra los enviados del Emperador Carlos, con esfuerzos tan heroicos que su hazaña se renueva aún hoy, cada año, en las bocas de las gentes.

TIERRA DE CAMPOS (CASTILLOS JUNTO AL RIO)

La dos zonas de la montaña leonesa vienen a converger —geográfica y espiritualmente— valles abajo, por las riberas de sus ríos (jalonando sus etapas de avance por castillos), en la capital del reino, en la ciudad de León, que marca, al constituirse en corte, el final de la primera etapa leonesa de la Reconquista. Desde aquí, desde las piedras insignes de León, ya organizado y maduro el reino, se ha de dar el impulso decisivo, segunda etapa de la Reconquista; la del avance por la tierra de Campos, apoyando ahora, para ello, los castillos, no en las duras depresiones verticales de los montes que no existen, sino para los llanos en las líneas trémulas, frontales, de los ríos caudales: largas y horizontales trincheras defensivas. Primero en la línea del Esla, después en la del Duero, que es donde geográficamente el viejo reino de León concluye, y donde la ancha Castilla comienza a hacer acto de presencia.

Estamos, pues, ahora, en la Tierra de Campos: “campos góticos, segunda región natural del viejo reino, tierra llana del Sur de la provincia de León y Norte y Oeste de las de Palencia y Zamora, tierra cereal. Parvas inmensas; eras que se pierden de vista y que dan a la atmósfera una pátina irreal, de espejismos, transida de polvillo de oro. Esta es la tierra vertical del chopo (el árbol leonés por esencia) — que dijo Ortega—; la tierra horizontal del galgo (en cacerías de liebres por los rastros); la tierra sin más ángulos que los del arado o los del rostro enjuto de los parsimoniosos campesinos de capas largas y bácu-



Castillo de Coyanza (S. XIV), con la torre del homenaje



Castillo de los Condes de Peñarramiro, en Villafranca del Bierzo

los de mayordomo para la Fiesta Mayor, en la que hay siempre ruidosas capeas y juego de pelota —el frontón, las más de las veces lo constituyen las murallas de los castillos— entre jarros de vino de Valdebimbre —el mejor viñedo de la comarca—. Los álamos, en fila, marcan la línea de la aceña, del molino que multiplica en cada pueblo, su ruidosa cascada de plata.

En la torre de cada pueblo —como soñó Cremer— siempre, por San Blas, hay una cigüeña dormida sobre una mata.

La gran abadía de Sahagún (la abadía del Imperio leonés donde reposan los restos de Alfonso VI y sus tres esposas legítimas) signa aquí el centro geográfico del camino de Peregrinos, desde Roncesvalles a Compostela que —en este crisol de Sahagún— fundió esencias que de Europa venían y que a Europa León enviaba, para crear esa invisible unidad del mundo medieval, que llamó *Cristiandad*, y que fue quizás el más fino vehículo de enriquecimiento y depuración que tuvo la cultura del Imperio leonés.

El río Esla, recogiendo a todos los ríos de la montaña, se abre solemne por estos campos, para hilar un rosario de espectaculares castillos y villas amuralladas. Su eje, el incomparable castillo de *Valencia de Don Juan (Coyanza)*.

Sobre un gótico alcor, frente a los campos góticos, estas finísimas torres redondas, que parecen horizontalizar su vertical en la sutil tendida cortina amurallada que las fondea en un prodigio estético de armonía, ¿emergen efectivamente de la arcilla terrosa, o su auténtica realidad es la del fenómeno óptico de su reflejo en esta balsa del Esla, cuya transparencia no sabemos si está en el agua o en el aire traspasado de luz? Ensueño casi arcangélico, este castillo; finísima porcelana gótica de nubes, si marca su fábrica actual un momento de retaguardia peninsular, su mismo solar fijó anteriores fortalezas y fue signo de liturgias y teologías, al cobijar en tiempos de Fernando I el Grande —el alto pensador a lo divino, según estudio que eruditos británicos nos acaban de desvelar por mano de este gran investigador que es Antonio Linaje, el que en su agonía abdicó su reino en Dios— las deliberaciones del "Concilio de Coyanza", donde la liturgia mozárabe se sustituyó por la latina, para mejor universalidad del Imperio. Y para mayor encanto, por los bosques que con el río crean la peana del castillo, de aquí extrajo Jorge de Montemayor, el hechizo pastoril de "La Diana", su famosa novela, a la que ya hemos aludido, como precedente lejano del sentido romántico del paisaje en el gesto del castillo.

Desde aquí, a derecha e izquierda o hacia el Sur, la atención, rodando infinita por los infinitos horizontes, salta de castillo en castillo, cuya nómina haría interminable el relato: *Grajal de Campos, Cea, Almanza* ... Las villas amuralladas de *Valderas* y *Mansilla de las Mulas*, exaltan la vigencia imperial en los burgos municipales de la Edad Media.

Y siguiendo la línea del Esla hacia el Oeste, fuera ya de la hoy provincia de León, en avance hacia el Duero, y por ellos, como vigilante peana de la "Idea Imperial Leonesa" y como frontera defensiva más fuerte del viejo Reino de León, he aquí lo que queda de la gran fortaleza de Benavente. La ancha y, al mismo tiempo, fina torre cuadrangular del homenaje, —hoy rico Parador de Turismo—, yergue en su Mota los más bellos miradores, balconajes y minaretes del siglo XV, mirando al Orbigo y al Esla que nos hablan de la grandeza del "Conde Duque", aquel portugués Pimentel a quien el Rey Doliente entregó la vieja fortaleza realenga, para que extendiera su señorío hasta el lago de Sanabria y alzara, allí, la magia de un palacio lacustre digno de las mil y una noches.

Cuentan que un día (allá por el XVII) mostraba el Conde Duque su castillo de Benavente al Embajador de Francia que, sorprendido por el contraste entre la grandeza y suntuosidad de los salones, y la pequeñez de las cocinas, dijo a su anfitrión:



Astorga: Palacio Episcopal, de Gaudí, con las murallas y la Catedral en segundo término



Castillo-Fortaleza de Grajal de Campos

—¿Como Excelencia tan pequeña cocina para tan gran Castillo?

A lo que el Conde Duque, inclinándose ceremonioso, dicen que constestó:

—Sabed, señor, que si tengo tan gran castillo es gracias a que mi cocina ha sido siempre tan pequeña como veis.

Una cabalgada más y, dejando atrás a la derecha, el castillo de Puebla de Sanabria, corona de un agrio y vertical caserío semigalaico, he aquí, sobre las aguas del Duero, este enorme, cortesano, imperial y ecuménico castillo románico leonés, que es la ciudad de Zamora.

Porque en Zamora no sólo es el castillo de Nuestra "Dómina" Doña Urraca, la más sensitiva de las infantas de León, que trajo el universal bizantino y el europeo románico, es toda la ciudad la que rezuma de la "Idea Imperial Leonesa", ¿verdad, Juan Carlos Villacorta?

Porque hay dos ciudades, al margen de León, capital del Reino, sin las cuales no hubiera sido posible la articulación de la Idea Imperial Leonesa. Estas ciudades son Astorga y Zamora. Predilectas ambas de Alfonso III, promotor de la Idea, que alterna entre ellas su corte, San Jenadio, Obispo de Astorga, su mentor político, hace que Alfonso designe a Astorga como lugar de su enterramiento, más en vida Zamora hechiza al rey, y es allí, en el siglo XIII donde doña Urraca en lucha cidiana, manifestara desde sus murallas el más auténtico, serio y realista sentido de imperialidad leonesa, que se hizo proverbial en apotegmas y romances. Y hay una tercera ciudad, Toro, que es un poco como la rúbrica de nuestra Idea Fuerza, con la línea temblorosa del Duero, para alzar en su gran Colegiata, la cúpula bizantina que no puede para nosotros ser otra cosa que la Encomienda de las Infantas de León, que siguen el perfil bizantino como arrancado de un cantoral de la Infanta doña Elvira, aquella dulce adolescente, hermana de la intrépida Doña Urraca.

El ala izquierda de la Tierra de Campos, se hace espacio para los ámbitos de Palencia y Valladolid. Y esto ya es Castilla.

La piedra románica, o gótica y su restauración renaciente de los castillos de León, ha dejado paso al amudejarado ladrillo castellano, cuyo foco de máxima irradiación está indudablemente, en los palacios arábigos que en Tordesillas alzó aquel rey castellano arabizante que fue Alfonso XI. Lo apuntamos: León no tuvo apenas influencia mudéjar —otra cosa, muy anterior, es el mozárabe leonés del siglo X—, pues hasta las incomparables rosáceas torres piramidales de Sahagún, lo que hacen es marcar en ladrillo la nobleza del románico estilo, invistiéndola de una gracia *sui generis* —que muy bien ha sorprendido Lorenzo L. Sancho— pues al hacer brotar las torres de los ábsides, lo que hace es, frente a otros estilos de torres en fachadas exaltar en llamas piramidales el ara del Sacramento Eucarístico como expresión de una ortodoxia frente a tantas herejías que desde el Priscilianismo hasta la de los albijenses pretendieron desvirtuarla.

EL BIERZO (CASTILLOS GUARDIANES DE LA REALEZA)

La Montaña y las Vegas, primera región natural leonesa; Tierra de Campos, la segunda. Y ahora hemos de retroceder hacia el Norte, por el otro extremo, hasta los límites de Galicia, para adentrarnos en la tercera de esas regiones naturales, de enorme contenido espiritual, y dentro de la "Idea Imperial Leonesa", con un muy distinto sello a las otras marcado en sus castillos: la región de El Bierzo.

Anfiteatro inmenso rodeado de montañas, con un puerto —el de Piedrafita— de entrada para Galicia, y otros dos —el de Manzanal y el de Foncebación— de salida para Astorga. Fertilísima planicie de bosques, lagos y torrentes, donde un día (a partir del siglo V) se aislaron anacoretas y monjes para hacer



Palacio de los Bazán (Palacios de la Valduerna)



Castillo de Laguna de Negrillos

de sus tierras —en frase del P. Flórez en su *Nueva Tebaida*— “teatro donde sólo se militaba para el cielo”: este es El Bierzo. El “Camino de Peregrinos” corta su tierra de Sur a Norte, y de él nacieron sus mejores burgos: el de Ponferrada —hoy emporio de riqueza—, surgido del puente (“Pons Ferrato”) de hierro, que alzó el Obispo Osmundo; el de Villafranca, obra, acaso, de peregrinos franceses.

Vierten hacia Galicia sus múltiples ríos, tributarios del Miño, a contramano de los otros ríos leoneses que lo son del castellano Duero. Su río mayor, el Sil, al hilvanar rosarios de monasterios y de Castillos, lo hacen fijando, para éstos un carácter muy particular. Más que para ser hitos o ejes del avance de la Reconquista hacia el Sur, estos castillos se adscriben, de una parte, al sentido *universal*, al signo de ecuménica cristiandad y sus matices orientalizantes, que el “Camino de Peregrinos a Santiago” se encargó de profundizar, y que la Idea Imperial Leonesa implicó; y de otra, al sello de la impronta palatina y visigoda que la realeza de León, en expresión de aquella Idea, llevaba consigo.

En cuanto al primer aspecto, he aquí para definirlo la gran Bailía Templaria, que fue el castillo de Ponferrada. A sus pies, sobre el *Ponsferrato*, el “Camino de Peregrinos” siembra esencias europeas y jerosolimitanas que los “Caballeros del Templo de Salomón” vinieron a defender trayendo hasta aquí el mundo del cristianismo oriental, que tuvo la sorpresa de encontrarse consigo mismo, al ponerse al servicio de una Idea uno de cuyos nervios suponía esencias de los Santos Lugares que ahora el Temple venía a actualizar. Imponentes estas torres románicas del Castillo de Ponferrada. Tremendo misterio humano el que encierran, que es el mismo de la “Orden del Temple de Jerusalen”, con sus leyendas, con su historia, con la magia de su Cruz, con sus pasadizos secretos, prolongandos acaso hasta otro castillo Templario de El Bierzo, el de “Cornatel”, que erguido en su altísima peña, es el vigía de lo que abajo se abisma: del lago de Carucedo, (que se abre de leyendas como un resplandor), de los socavones de las Médulas romanas de oro, que curan sus rojas heridas arcillosas con el aliento vegetal de los bosques circundantes.

¿Estamos en la tierra de León o en la Escocia de Walter Scott?. Sólo Enrique Gil, con su novela, nos lo sabría contestar.

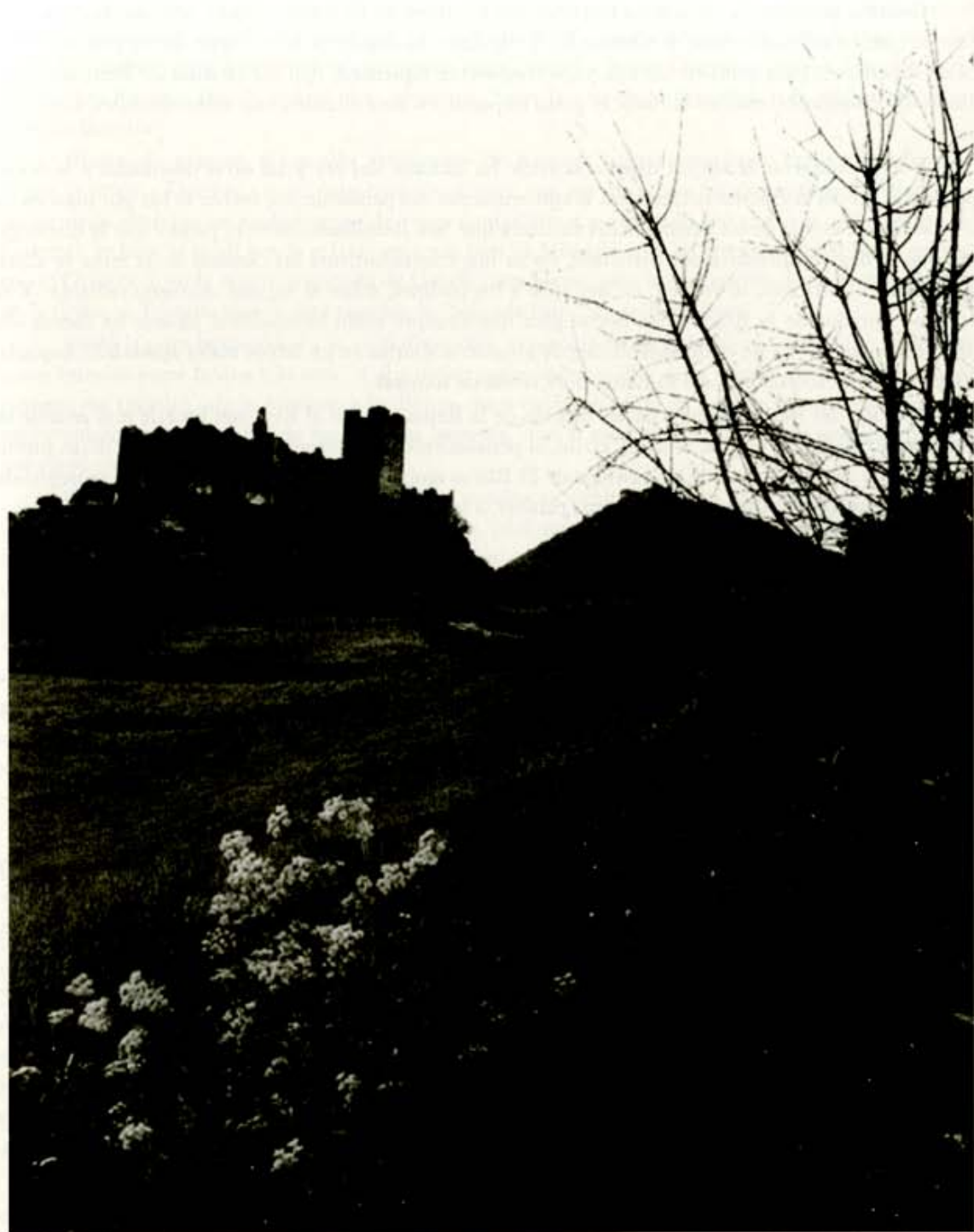
Y ved ahora la segunda gran misión imperial de los castillos de El Bierzo.

Junto a los de Ponferrada y Cornatel, ¿que hace el castillo de *Villafranca* asomando sus conos a un idílico valle como un viejo castillo del Tirolo; y el de *Corullón*, con la peana de las iglesias románicas de su entorno, que exalta a la hiedra con musicalidades casi wagnerianas derramadas hasta lo hondo; y el de *Arganza*?

Detengámonos un instante en el de *Villafranca*, porque éste realiza hoy una alta función de cultura, y ello no sólo, porque lo habitan sus dueños, Cristóbal Halfter y su esposa Marita, y sus salones y sus jardines encierran el estudio y la magia creadora de quién ha hecho de la música una altísima misión del momento cultural de España, sino porque anualmente se rubrica como escenario de esa singularísima fiesta de la “poesía fronteriza de León”, que anima cada año, para este castillo, para las iglesias románicas de Villafranca y para sus jardines, este singular amigo y excelso poeta que se llama Antonio Pereira.

Forman los castillos de esta zona (determinados por el gran anfiteatro de El Bierzo) un ancho círculo de protección y amparo de un lugar, primer sitio real de España, que es el “Palacio Real de Carracedo” (recientemente restaurado) a donde los Reyes de León se retiraban para meditar altos problemas de Estado.

Fue en los tiempos más puros del Imperio, cuando el cortejo real llegaba hasta aquí (hasta Carracedo) no sólo para dejar acogidas en su seguro a la reina y las infantas cuando el rey iba a la guerra, sino para aposentar al monarca cuando había de perfilar en el silencio meditativo, ayudado por la ora-



Castillo de Cornatel

ción de los monjes, algunos de los matices políticos o guerreros de la Idea Imperial que desde aquí salían volando como águilas para posarse en los castillos del Sur.

Guardia permanente de la Idea Imperial, los Castillos de El Bierzo. Nadie sabe por qué, pero es lo cierto que, en el Palacio Real de Carracedo, el románico ha dejado de ser el estilo fuerte y denso, velador de superficies, para transirse de una vago trasparente esplendor. Allí las estatuas de Bermudo II, y Alfonso El Emperador, marcan la línea, el gesto imperial, en estabilizados, casi sobrenaturales, simbolismos.

Y es de observar la radical diferencia entre las cámaras del rey y las otras destinadas a la reina. Más densas las del rey, como hechas para la concentración del pensamiento, meten la luz por unos enormes rosetones hasta la frente pensativa del monarca que, así, iluminada, no ve el paisaje que le distraiga, pero que le llega esquematizado, silencioso, en su luz; contrariamente las cámaras de la reina se abren aladas para el horizonte; se vierten, en descenso a los jardines, sobre el vegetal contorno radiante. Y el llamado "Mirador de la Reina" está hecho para que siempre estén asomadas al paisaje las damas —la reina y las infantas— en un bello aprendizaje de alegría: la sonrisa en los labios reales aprendida, copiada, de los tres arcos esbeltísimos del mirador, pura teoría de sonrisas.

Función del Rey, meditar y hacer; función de la Reina, sonreír al Rey para hacerle más amable su tarea. Carracedo dando norma, es decir, estilo, al pensamiento del monarca; dando signo, es decir, protocolo, a la sonrisa de la Reina. Y los castillos de El Bierzo amparando la meditación del Rey: protegiendo la sonrisa de la Reina. Amurallando, en una palabra, a la "Idea Imperial Leonesa".

EL CASTILLO EN NUESTRO TIEMPO (GAUDI Y SU MISTICO CASTILLO INTERIOR DE ASTORGA)

En síntesis: nacen los castillos del viejo Reino como expresión ejecutiva de uno o varios aspectos de la "Idea Imperial Leonesa". Pero su pervivencia, y la de los otros castillos españoles en nuestros días, esto que impulsa a los "Amigos de los Castillos" al sostenimiento, restauración y conocimiento de los que quedan, ¿en orden, a qué función actual ha de atribuirse? No puede hallarse ya esta atribución, —lo hemos dicho— en una actitud de puro esteticismo romántico muy lejos de la mentalidad de nuestro tiempo.

Vivimos días de angustioso existencialismo, en que el sentido de la vida y de la muerte quiere centrarse, más que en el *ser*, en el puro *existir*, es decir, en el mero devenir de los humanos acontecimientos que pretenden interpretarse en sí mismos haciendo omisión de sus causas y de sus posibles efectos, hasta el punto de que Octavio Paz ha podido decir que la "historia de hoy se rige por lo *imprevisible*". Filosofía de la *anécdota* a la que para nada interesa la *categoría* y produce fatalmente la angustia, el vértigo del vacío entorno. Llenar ese vacío: he aquí la ansiedad desgarradora del momento.

¿Puede el espíritu español, exacerbadamente sensitivo, hallar en estos seres tangibles que llamamos *castillos*, una voz que les hable, no de su mero existir actual, sino de su propio ser nostálgico en orden a un pasado vivir arraigado en viejas *anécdotas* de las que el crisol del tiempo ha extraído la mejor *categoría* para mostrarla, como causa y origen de la *anécdota* actual y posible impulso de la futura, llenada así, en orden al *ser*, un poquito el vacío del *existir*?

Las Catedrales, es cierto, pueden cumplir cerca de nosotros esta misión referida a un orden sobrenatural. Pero los castillos, pueden cumplirla en un orden humano de cosas. La entidad castillo, con todo lo que significa, ejerce, a su contacto con nuestro espíritu un especial influjo.

En Astorga, mi tierra, a fines del siglo XIX, el genio de don Antonio Gaudí, alzó para morada del Obispo, una mansión que pretende ser la versión auténtica de un castillo en nuestro tiempo.

No hace falta recordar, que cuando nuestros místicos quisieron, por vía sensitiva, acercar el alma a Dios, lo hicieron impulsados desde su "Castillo Interior", buena prueba del influjo que la entidad "castillo" podía ejercer sobre el alma para sentar esencialidades frente a meros acaeceres. Pues bien, ¿pretendió don Antonio Gaudí, con su obra astorgana, hacer la versión humanizada y en piedra, del místico Castillo Interior?.

Blanco de granito, el castillo gaudiniano de Astorga (signo eucarístico episcopal y manto de Teresa la mística Doctora a cuyo patronazgo se acoge), con sus fosos, sus torres puntiagudas emergiendo de las viejas murallas en prolongación de vagos simbolismos, y arropado con el fondo caoba oscuro de la Catedral, se hace –Gaudí nos lo aclara– estancia para el Ministro más representativo del Señor en la tierra: el Obispo. Y en la mente alucinada de Gaudí, paso previo para la concepción de la morada del Señor en la tierra, el Templo, que en este caso fue la "Sagrada Familia" de Barcelona.

Entre la pura humanidad y la puta divinidad, el castillo (no el Palacio, el Castillo) se nos presenta como tránsito entre la una y la otra. ¿Cabe mejor expresión tangible de la misión del castillo en nuestro tiempo, ese tránsito –de lo humano a lo divino– para cubrir el vacío de nuestro mundo interior; y cabe mejor colofón en la nómina de los castillos leoneses, que la estancia de este nuevo castillo asturicense que elevó el genio catalán de Gaudí?.

Sobre la peana de las murallas romanas y románicas, prolongando su blancura granítica en el rosa oscuro de la Catedral gótica, renaciente y barroca, pasó un día bajo este rincón, bordeando el "Camino de Peregrinos", mi gran amigo Manuel Alonso Olea –eximio jurista, sensitivo del arte– que, asombrado del encanto y misterio que lo envolvía, tiró unas diapositivas que tituló "*Dos mil años de arte*" y que, poco después, en una conferencia suya en la Universidad de Chicago, pasó a sus alumnos americanos y europeos preguntándoles:

–¿Creen Vds. que tan dispares elementos de arte –romanos, románicos, góticos, renacientes, barrocos y modernistas– en un solo rincón forman unidad?.

Al contestarle los discípulos afirmativamente replicó:

–¿Y en qué creen Vds. que radica esa unidad?.

Las opiniones se dispararon.

Yo, meses más tarde, en que Alonso Olea visitaba de nuevo Astorga le interrogaba frente a este lugar:

–¿Y no crees tú que, esa unidad se produce precisamente por el signo del "Castillo Interior" tereciano, que Gaudí aquí colocó para hacerlo *fusionador* de unas bélicas murallas y de un templo, en el que dejaron su impronta mil años de estilos, y que tiene por fondo el nevado Teleno –el ara suprema de los dioses astures– y como rúbrica y peana el "Camino de Santiago" –creador de Europa y de la Cristiandad–, cosas todas que gracias a esta visión del "Castillo Interior", tiemblan con un único pulso de misterio estremecedor?.

Recuerdo, que mi maestro, mi antiguo jefe Manuel Alonso Olea, luego de un momento de silencio, me dijo:

–Quizás tengas razón ...

Y frente a aquel rincón singular, nos envolvimos en un abrazo.